

INTERLUDIO: BOLERO

A hí está la cubana, dentro de la variedad más incomprensible que pueda concebirse. Puede ser una pelirroja pecosa o una rubia de ojos verdes, pero de pronto se va hasta una negra retinta, cuyo color oscuro toma un tinte lustroso, que casi llega a confundirse con el color azul.

Entre los dos extremos de la gama hay infinitas variedades. Y en el centro, está la mujer que predomina, que va desde una negra de tono rojizo, a una mulata achinada, hasta mulatas más típicas, más reconocibles, y morenas de un pelo negrísimo, grueso, y facciones que parecen provenir de las costas europeas del Mediterráneo, mulatas expandidas al pie de blancas con cabellos negrísimos, blancas que no debieran serlo, cuya piel está como deslavazada esperando el tinte oscuro que no llega; blancas vueltas mestizas por sus gruesos labios, por la piel que asume un tono extraño, imposibles de ubicar en una de esas razas establecidas con tranquilidad por los europeos, hasta que aparece una mujer morena de exactos rasgos caucásicos y un suavísimo cabello negro, o castaño muy oscuro, pero que está ahí, convirtiendo en verdad definitiva a esa mujer que nadie sabe por cuál extraño desastre del idioma, en Cuba se le llama «trigueña».

Antonio Benítez ha entregado la historia de un segundón español, uno de esos hombres sin herencia que vino a Cuba, y trajo, como todo tesoro, la imagen de la virgen de Illescas, la patrona de una aldea en las cercanías de Toledo y que en Cuba colocó en Santiago del

Prado, una mínima villa a unos veinte kilómetros de Santiago de Cuba, y que acabaría por llamarse El Cobre, por los cuantiosos yacimientos de ese mineral que había allí.

¿De dónde venía esa virgen? ¿Cuántos caminos había tenido que cruzar?

Venía desde la misma Palestina, desde aquella judía execrada que llamaron Eva, la señora del pecado original, que se purificó, se transfiguró pasando por las cortes de amor del medioevo, por los poetas italianos del *dolce stil nuovo*, hasta ser finalmente *Maria, gratia plena*.

Ahora estaba en El Cobre, y los indígenas que entonces subsistían la miraban como a la gran madre arahuaca, o a Atabey, y luego los negros pensaban que era Ochún, la orisha cubana, que ya no era negra sino mulata y representaba a Venus, y volvía a pervertirse la Eva convertida en María, y el asunto seguía girando, girando hasta ver dónde iba a detenerse.

Pero Ochún no era únicamente Yeyé Moro o Yeyé Kari, la mulata ligera de cascos que iba de fiesta en fiesta, la amante de Changó, que había conseguido que Obba, destrozada de celos, ideara un filtro que incluía una oreja propia cocida en una sopa; era también Ochún Funké y Ochún Gumí, grandes señoras, porque la señora daba para todo eso, para las múltiples encarnaciones que la mujer puede asumir; para colmar todas las expectativas, las infinitas posibilidades de ella esperadas.

No se sabe cómo esa misma virgen apareció en la bahía de Nipe, centenares de kilómetros al norte de aquel pueblito a sólo veinte de Santiago. Era ella, sí, y estaba sobre aquel pobre bote donde remaban un blanco, un negro, un indio, y la mar se embravecía y llegaba ella: Caridad, la virgen de Illescas, La Gran Madre Arahuaca, Ochún, Atabey, Eva, a hacer la mar calmarse para que no murieran sus hijos. Y si no era capaz de hacerlo, iba a sufrir el reproche de ellos, porque a esos dioses se les puede reprochar y pedir cuentas como a los humanos.

Siglos después, a través del genio de Bienvenido Julián Gutiérrez y de la voz acendrada de Miguelito Cuní, todavía los cubanos están reprochándole el olvido en que decidió sumirlos:

*Virgen, que a los tres Juanes apareciste
apacando la furia del elemento:
por el niño que llevas te ruego, triste:
calma, Virgen del Cobre, mi sufrimiento.*

Y la historia del bolero se volvía también la historia del hambre sempiterna de los pobres de Cuba, a quienes no se les puede asustar con un poco más de hambre, después de toda la que han sufrido desde siempre:

*En el mar de mi Cuba, madre mía,
poco a poco la barca se va hundiendo,
faltándonos el pan de cada día,
sin que tú oigas la voz de un pueblo hambriento.*

Y ahí estaba la imagen de la cubana, encarnada en esa mujer morena subida en el altar.

Ahí estaba el bolero, porque nada puede ser más cercano a la virgen cubana, a Ochún, que esa música con que sus fieles la reprochan y la enamoran.

Eso era el bolero, porque nada puede seducir más a la cubana que el romance que acompaña a esa música. Era la canción de amor, pero no para oírse sólo en las ventanas abiertas a las serenatas, sino que se puede bailar y convertirse en el alma danzante de Cuba.

El hombre colocaba el brazo en la cintura de la muchacha y una suave presión de la palma de la mano abierta encima de su espalda, la aproximaba a él. Algo le hablaba, algo le decía, murmuraba muy cerca de su oído, y esas palabras estaban lejos de la señora, tía, abuela, vecina, que la había llevado a esa fiesta donde lo encontró. Ya no había más que su voz

que era sólo para ella, y estaba tan envuelta en misterio, en sueños, en posibilidades como las de una novela.

La novela radial era como un bolero dramatizado. El bolero había surgido en la Cuba de fines del siglo XIX, por obra de Pepe Sánchez, que había compuesto el primero en 1883, y había sido el maestro de Sindo Garay, y enseguida habían llegado los boleros extraordinarios de Matamoros y después los de Lecuona, Roig, Orlando de la Rosa, Julio Gutiérrez, Osvaldo Farrés, así como los de Luis Marquetti, César Portillo y José Antonio Méndez, Frank Domínguez, Piloto y Vera y los de Marta Valdés, hasta que hubiera un bolero para cada momento del amor, para el encuentro y la plenitud; el desengaño y el rencor; el perdón y el olvido.

Pero la novela radial también fue un género de comunicación ideado para la mujer cubana. Cuando en los años cuarenta del pasado siglo no existía ni en Brasil ni en México, otro santiaguero, Félix B. Cagnet, escribió una novela que radió la entonces más popular planta radial de Cuba: la RHC Cadena Azul. Esa novela contaba la historia de un hijo bastardo, y se llamaba *El derecho de nacer*. El éxito de la obra fue arrasador; se podía oír deambulando por las calles: era posible seguirla de radio en radio, porque todo el mundo la sintonizaba.

Los cines optaron por colocar grandes receptores de radio en sus vestíbulos para que el público dejara la sala a la hora de transmisión del capítulo del día. La película cesaba de rodar y los espectadores iban a escuchar la apasionante historia de Albertico Limonta y de Don Rafael del Junco. Era la única manera de garantizar la asistencia del público.

Llevada después a la televisión y al cine; exhibida en todos los sitios del mundo, desde Guayaquil hasta Tokio, *El derecho de nacer* es la madre de las actuales telenovelas.

La cubana que la seguía apasionadamente por los años cuarenta, ya es seguramente otra. Integró fuerzas militares desde los mismos inicios de la Revolución; se fue a poblar las universidades y los centros de educación, al punto de que más del 50% entre las decenas de miles de profesionales cubanos, son mujeres. Pero no ha dejado de

ver la telenovela. Acaso, sí, reclame argumentos más apegados a la vida real y no esos que el melodrama reparte con saña por las televisoras latinoamericanas. Pero la telenovela tendrá en ella una permanente receptora, como la tendrán las canciones de amor.

Hay dos grandes madres en la historia nacional, porque son las de los dos grandes cubanos impulsores de nuestra independencia: Mariana Grajales, la madre de Antonio y de todos los Maceo, y Leonor Pérez, la madre de José Martí.

Mariana, al morir uno de sus hijos, le pidió al menor que «se empinara» para acudir también a luchar por la independencia de la patria. Leonor vivió siempre tratando de preservar la vida de su único hijo varón.

En las nuevas circunstancias épicas que la Cuba revolucionaria ha vivido, la figura de Mariana ha sido lógicamente exaltada por encima de la de Leonor, pero yo creo que ambas actitudes representan el código de la mujer cubana.

Pivote esencial de su casa en estos tiempos en que la vida se volvió más difícil y más fácil, ha sido capaz de hacerle frente a esa escasez material que pareciera ya no querer abandonarnos. Nunca ha estado desaliñada, abandonada a la inclemencia de nuestros abastecimientos. Se ha cosido vestidos con dos o tres trozos de tela, o ha inventado imposibles cosméticos a partir de imposibles productos.

El cubano la adora: don Ignacio Piñeiro la llamó, apasionada y desafortunadamente, «la perla del Edén». Lo cierto es que al hombre de Cuba le cuesta establecer una relación permanente con una mujer que no sea de su tierra.

LOS DE ABAJO

Claro que es el título de la famosa novela en la que Mariano Azuela presentó la aparición de los preteridos en el escenario histórico mexicano, en los días de la Revolución.

Al referirse a los desamparados, José Martí prefirió usar otro término: *los pobres de la tierra*. El ideólogo tercermundista Frantz Fanon tituló un famoso libro *Los condenados de la tierra*, usando las palabras que el carpintero marsellés escribió en el primer verso de «La Internacional»:

Debout les damnés de la terre.

Es curioso que ninguno de los cuatro usara el término obreros, proletarios, trabajadores. Ni siquiera el autor del himno internacional de los obreros comunistas. Todos van a palabras más esenciales, más allá, por encima o por debajo de las mismas clases sociales. Lo que se menciona es la pobreza, el desamparo, la condena, ese hecho de estar colocado en el más bajo de los escalones que la sociedad dispone.

No es extraño que al menos tres de estos hombres provengan del mundo que se ha dado en llamar subdesarrollado. Es el de la mayor pobreza, y también en el que, prácticamente, la clase obrera no existe. Ésa es una de las más arduas tareas de las revoluciones sociales: no conquistar el poder para la clase obrera, sino *crear* a la clase obrera misma: hacerla emerger de la gran masa de los oprimidos, de los pobres, de los de abajo.

En su novela *Memorias del subdesarrollo*, base del mejor filme en la historia del cine cubano, Edmundo Desnoes presentaba a

su protagonista burgués, comprobando la falta de refinamiento, la incultura, vulgaridad que apenas a dos años de revolución exhiben los habaneros. ¿Cómo habían cambiado tanto y tan súbitamente los cubanos? En realidad, no habían cambiado. Siempre esa masa había estado ahí, pero confinada a los márgenes de la ciudad, al espacio que le habían asignado y que no se veía desde el centro. Eran «los pobres de la tierra», «los de abajo». Cuando los amigos de Sergio dejaron la ciudad, cuando escaparon del cambio revolucionario, cuando abandonaron los lugares centrales que dominaban, los marginados llegaron a ocuparlos con la vulgaridad y la incultura a las que la pobreza los había obligado.

Un poco después, Heberto Padilla diseña otro burgués en un poema de su libro *Fuera del juego*, que titula «El recurso del método». El hablante poemático, en un típico discurso apelativo, aconseja al burgués que va a marcharse, que se dispone a escapar de la Revolución que lo ha desplazado del poder. Asumiendo la propia perspectiva del burgués a quien se dirige, ese hablante tiene un componente irónico, incluso sarcástico, de cuya implacable, cínica dureza, proviene la efectividad del poema.

El consejo de ese hablante al burgués es, justamente, que escape cuanto antes. Que no pierda tiempo tapiando tesoros que luego van a descubrir; que no le confie ningún secreto a su criada, que no le entregue su perro al jardinero pues

*Ya los asaltadores del poder
están subiendo a la tribuna
y el perro, el jardinero, la criada
están allí aplaudiendo.*

Es eficazísima esa enumeración que equipara a los personajes humanos y al animal, por el puesto que en su escala el señor les concede. Los dos servidores humanos están donde deben estar: junto al servidor animal. El lugar de «los de abajo» es el de los servidores, y ello queda establecido de manera magistral en el poema.

Es justamente esa masa la que ha ido adquiriendo una plena dimensión humana en la Cuba posterior a 1959. Esa gran masa pobre, permanentemente vilipendiada y desposeída, ha sido el objeto central de la obra de la Revolución. La primera ley mayor de la Revolución fue la realización de una Reforma Agraria, establecida por la Constitución de 1940, pero que jamás se implementó. Todos los arrendatarios, aparceros, precaristas, pasaron a ser propietarios de la tierra que trabajaban. La Reforma Agraria cubana fue mortífera para los intereses de varias trans-nacionales norteamericanas, que perdieron en Cuba enormes extensiones de tierra. De hecho, la Reforma Agraria –que no fue una ley socialista, sino apenas antifeudal– desató el enfrentamiento con los Estados Unidos que ya dura cuarenta años.

A quienes han sido capaces de aprovecharlo, se les ha entregado el gigantesco esfuerzo educacional que el país ha realizado en estos cuarenta años, desde la Campaña de Alfabetización en 1961.

La cifra actual de médicos graduados por los planes implementados por la Revolución, multiplica por diez o doce el número de médicos que Cuba tenía en 1959. Son numero-sísimas las escuelas de Medicina en todo el país, frente a la única escuela existente antes de la Revolución, perteneciente a la Universidad de La Habana.

He llamado gigantesco al esfuerzo educacional porque, en las difíciles condiciones económicas que la Revolución y los conflictos surgidos a partir de ella generan, el gasto en un proceso educativo que no se detiene ha sido enorme. Y, lógicamente, ha obligado a disponer de cuantiosos recursos extraídos del consumo de los ciudadanos. Junto a los enormes gastos en salud, los de educación han sido los mayores del presupuesto nacional.

Esa tarea de formar a un hombre desde su nacimiento hasta la obtención del título que le permite retribuir a la sociedad lo recibido, es la más costosa que pueda asumir nadie. Ella implica desde el litro de leche que reciben infaliblemente *todos* los niños cubanos menores de 8 años, hasta los libros de todos los niveles. Habría que indagar cuánto

ha costado un profesional al obtener, a los veintitrés o veinticuatro años, su título.

La inversión en ese «capital humano» le permite a Cuba disponer del más difícil y del más seguro de los bienes. Muchos profesionales cubanos emigran, pero siempre nos quedan casi más que los que necesitamos. Los que se marchan, se saben —están— capacitados, y encuentran fácilmente desempeño en cualquier país, y muy fácilmente en los de América Latina. Allí la estratificación social les permitirá vivir como no podrían hacerlo en Cuba.

Otros se marchan, pero regresan en poco tiempo: a veces de modo permanente; otras, estableciendo un vínculo entre el lugar donde trabajan con éxito y la patria a la que vuelven periódicamente.

Todavía será así por unos cuantos años, hasta que Cuba llegue a ser la tierra de los de abajo que dejaron de serlo.